

Á la mañana siguiente se halló el cadáver, no sabiendo nadie que Mariano le habia dado las monedas de oro, ni áun se sospechó que la habian asesinado para robarla.

Creyóse que, embriagada, segun costumbre, habia rodado al viñedo.

El mismo Mariano pensó buenamente que le habrian hallado el precio de la seducción de Marta; pero no se atrevió á preguntar por él, y se resignó á que lo echáran en el cepillo de los pobres.

Sólo *el Romico* sabía la verdad, y aquel secreto de oro y sangre quedó sepultado entre las oscuras nieblas de su inteligencia.

El cantinero se admiró algun tanto de verle ir cada día á buscar vino y aguardiente, y no ménos de haberle tenido que cambiar una moneda de oro; pero se dijo con la mayor buena fe:

— ¡Bah! ¡ nada hay más sencillo! Lorenzo, que desde que ha llegado se divierte en desparramar el dinero, le habrá dado esa moneda para que no le pida y le deje en paz por mucho tiempo.

### III.

Marta lloró á su madre: era una alma tierna y débil, que no amaba el bien lo bastante, ni se resolvía al mal, por una especie de temor.

Vistió luto, y se halló más bonita que nunca. Á pesar de ser esposa y madre, su vanidad y presuncion eran siempre las mismas.

Sólo una cosa la preocupaba algun tanto: la mala salud de su niño, que segnia débil y enfermizo.

El médico de la vecina villa, pues en Cabañas no lo habia, habia mandado que se le acostase, para fortalecerle, en un colchoncito y almohada rellenos ambos de hierbas aromáticas desecadas al sol.

Juan María y Pedro habian escogido, con el cuidado más afanoso, tiernas matitas de sándalo, toronjil, albahaca y hierbabuena para la cama perfumada del pequeño enfermo; y habiendo oido al doctor que sería bueno mezclar tambien algunas hojas de rosa, declararon la guerra á todos los rosales del huerto: la abuela opinó que sería excelente idea la de mezclar algunas pasionarias, y habiéndolo aprobado por unanimidad, se encargó ella misma de buscarlas.

Pronto estuvo la camita dispuesta en una cuna de mimbres: las sabanitas, cortadas por la abuela de una muy fina y ya usada de su lecho matrimonial, para que fuesen más suaves, se extendieron sobre el aromado colchoncillo, y á la almohadita se le puso una funda de la misma tela.

Un domingo que se hallaba Pedro sentado al lado de la cama del niño, y que le miraba con tristeza dijo de repente:

— Esta camita no huele todo lo bien que yo creia: el almohadon en que el niño descansa la cabeza debia estar del todo relleno de rosas.

— ¿Cómo puede ser eso? — preguntó Marta; — para conseguirlo se necesitarian muchísimas.

— Yo se lo haré, y sólo con las hojas de aquel rosal

que planté para tí en la avenida de los sauces. Dios parece que ha echado sobre él su bendición, según las que promete tener.

—¿Y habrá bastantes?

—Creo que sí: el almohadon del niño ha de ser pequeñito; y mira, Marta, creo que las hojas de ese rosal han de tener el poder de aliviar los padecimientos de la cabeza de nuestro hijo: algunas veces he bendecido á Dios, con lágrimas de agradecimiento por haber permitido al fin que tú me quisieras: ¿te acuerdas del miedo que me tenías ántes de decirte que yo te quería?

—¡Ya lo creo que me acuerdo!—respondió Marta;— ¡como que no hacías más que regañarme, y me ponias tan mala cara!

—Pues mira, era que me enrabiaba el quererte tanto como te quería.

—Y eso ¿por qué?

—No creía yo casarme nunca; y ¿te acuerdas del día en que dijiste que te querias marchar de casa?

—Sí—respondió Marta ruborizada, porque recordaba bien que el tal deseo sólo habia sido una estratagema para ver á dónde llegaba el amor de Mariano, y si podia decidirle á hablar de matrimonio.

—Aquel día—prosignió Pedro—conocí al fin cuánto te quería: al pensar en que podia dejar de verte, me pareció que la luz y todo iba á faltarme; y para que no te fueras te dije que me quería casar contigo, la verdad, sin pensar que tú me dijeras que sí; por eso te digo que muchas veces, al cuidar el rosalito, he llorado de agradecimiento, porque Dios habia permitido que quisieras

ser mi mujer; y las hojas de esas rosas, sobre las que yo he rezado llorando, no lo dudes, aliviarán la cabeza de nuestro pobre chiquitín.

Pedro espíó, pues, con sumo cuidado, el instante en que cada rosa abria su capullo, despues contaba cada uno de los días de su vida, y así que abria del todo su seno á las caricias de la brisa, la cortaba y la deshojaba, guardando como un tesoro sus suaves y aterciopeladas hojas en un saquito de tela de hilo cosido por Marta.

Una de estas tardes era aquella en que los hemos encontrado en la avenida de los sauces guardando las hojas en un papel.

Entre tanto, en casa de Lorenzo habia habido tambien alguna mudanza.

Los aldeanos jóvenes, que no participaban sino de una manera muy débil de la animadversion de sus padres contra el asesino de Celeste, y que debian á éste grandes beneficios en adelantos de dinero para comprar grano con que sembrar sus tierras, se habian ido poco á poco acostumbrando á ir á su casa.

Animábalos además el ejemplo del señor cura, que visitaba tambien casi diariamente al *Rico*, pues Lorenzo habia heredado el apodo de su padre.

Muchas veces habia intentado el vicario reconciliar á Juan María y su familia con Lorenzo, pero inútilmente.

—Dios nos manda perdonar—respondia siempre el antiguo alcalde;—pero no nos fuerza á tratar con nuestros enemigos: ni mis hijos ni yo deseamos mal

ninguno á ese hombre: si tuviera hambre le socorriamos; pero su vista nos hace daño y no queremos buscarla.

Una noche en que el señor cura fué un rato á casa del *Rico*, halló la fisonomía de éste revestida de una satisfacción extraña en él: preguntóle la causa con interés, y le respondió:

—Es bien extraña, padre mio: Mariano, el hijo menor de Juan María, quiere á mi hija.

—¡Oh Dios mio! —exclamó el vicario;— ¿se valdrá de este medio tu bondad para apagar la tea de la discordia entre estas dos familias?

—Sólo lo sé hasta ahora —prosiguió Lorenzo— porque me lo ha dicho mi hija: la pobre niña quiere á ese jóven con toda la fuerza, con todo el entusiasmo de su primer amor.

—¿Y él? —pregunto el vicario.

—Segun dice mi hija, él la ama tambien.

—Tanto mejor; pero escucha, Lorenzo: el carácter de ese jóven es poco franco y poco sincero: no dudo yo que el cariño de tu hija obre en él una trasformacion: á la edad de Mariano es muy fácil mejorar, y no hay cosa que no consiga el amor. No obstante, hasta que él te pida su hija no te entregues á lisonjeras esperanzas.

El tiempo confirmó las palabras del venerable sacerdote: Mariano se contentaba con buscar todas las ocasiones de ver á Susana, pero huía de aquellas en que hubiera podido ir á su casa: algun otro plan se agitaba en su interior que le hacía huir de todo compromiso demasiado ostensible.

Desde el casamiento de Pedro se habia partido la hacienda en tres partes iguales.

Una pertenecia á Juan María y á su esposa, en tanto que vivieran.

La otra á Pedro.

La tercera á Mariano.

Muertos los padres, su parte debia repártirse como herencia y con rigurosa equidad entre los dos hermanos.

Despues de las particiones, Juan María dijo á sus hijos con acento grave:

—Ahora, trabajad y aumentad lo que os he dado: mucho sudor me ha costado adquirirlo para vosotros, hijos míos; pero, á Dios gracias, he podido dejaros bien: el que quiera de vosotros dos se encargará de cuidar de la parte de vuestra madre y mia.

Lo natural era que los dos hermanos se hubieran repartido aquel trabajo; pero Pedro se adelantó y dijo:

—Padre, yo trabajaré solo y haré prosperar la hacienda de V. y de mi madre.

—Ya corre, pues, por tu cuenta, hijo —repuso el viejo labrador, echando una mirada severa sobre su hijo menor, que á nada se habia brindado;— cuida de ella y manda en todo como en lo tuyo: con tal que nos deis de comer, Marta y tú, y que deis á vuestra madre algun dinerillo, porque la pobre siempre ha tenido algo, no pido más.

—Éste siempre sabe lo que se hace —dijo brusca- mente Mariano.

—¿Quieres tú cuidar de la hacienda de padre? —dijo Pedro con todo el candor de su buena fe;— ¿quieres que la trabajemos entre los dos?

— ¡Ni lo uno ni lo otro! — exclamó Joaquina con enfado: — tú, Pedro, y nada más que tú, has de mirar por tus viejos padres: ya conozco yo á ese mandria; mientras pensaba que nosotros íbamos á tirar de la cuerda se calló: ahora que ve que tu padre te deja amo y *gobernador* de todo, ya se queja.

— ¡Ah! ¿Es por eso? — preguntó Pedro; — pues no habia yo dado en ello.

— Porque tú, hijo de mi alma, no ves nunca el mal.

— Mariano — dijo Pedro, volviéndose severamente á su hermano: — bien sabes tú que no he de perjudicar en nada á nuestros padres: si es menester, gastaré toda la parte que se ha conservado para ellos, para que estén cuidados, no como príncipes, sino como reyes: nada quiero, por mi parte, de lo suyo, para despues que Dios les llame; pero como tienes una parte en esa herencia, cada medio año pasarémos cuentas, y verás como no se gasta nada, ni un solo maravedí, de lo que á tí pueda tocarte: gastaré de la mitad de ellos, y si falta, yo tengo, y todo lo que tengo es suyo, por dos cosas: porque ellos me lo han dado todo, y porque yo lo pongo á su mandar.

— Hijo mio — dijo Juan María, por cuyas morenas y curtidas mejillas se deslizaban gruesas lágrimas; — ¡tú serás dichoso, porque Dios es justo! ¡Vén, y déjame que te dé un abrazo y que llore sobre ese pecho noble, apoyo de la vejez de tu madre y de la mia!

El anciano se acercó á su hijo con paso vacilante por la emocion, y le estrechó entre sus brazos, sollozando de gratitud.

— ¡Dios te bendiga, mi querido hijo! — prosiguió despues, poniendo sus trémulas manos sobre la cabeza de su hijo: — ¡bendito seas por mi boca, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! Pedro de mi alma, sólo has hecho bien en este mundo: desde muy niño, fuiste caritativo como pocos: consolaste la agonía de mi Celeste, y has honrado su memoria, repartiendo en su nombre incesantes limosnas; te has casado con una pobre jóven desvalida; has favorecido á su madre; cuando no tenias que dar á los pobres labradores, agobiados por las malas cosechas, les dabas el auxilio de tus brazos, y por último, ahora quieres ser tú solo el amparo y sosten de tus ancianos padres!

— ¡Sí, sí! — añadió Joaquina; — bien decia yo que el suyo era un corazon de oro.

— ¡Vaya, vaya! — dijo á su vez y para su capote Mariano; — si no salgo de aquí, me va á ahogar esta tempestad de lágrimas y bendiciones.

Y se marchó á la calle.

Aquél fué, si así puede decirse, el último dia que trabajó el hermano menor: dueño ya de su hacienda, dijo á Pedro que le habia de dar lo que estimase justo por su manutención y el cuidado de su ropa; pero Pedro rechazó indignado semejante propuesta, y respondió que mientras hubiera un pan en su artesa y un duro en su bolsillo podia su hermano disponer de ello.

Bajo este concepto, Mariano siguió disfrutando las delicias del hogar doméstico y de la mesa de familia; pero su ociosidad era cada dia más completa, y bien pronto una buena parte de su hacienda fué enajenada á otros

labradores, no del pueblo, pero sí de las cercanías, creyendo tenerlo así más oculto.

¿En qué gastaba Mariano dinero, se podrá preguntar, no habiendo elementos en una aldea pequeña y de costumbres sencillas? Nada más fácil que esto: á cortas distancias había grandes villas con elementos para jugar, y con facilidad para entregarse á toda clase de desórdenes.

Pedro veía con pena que su hermano corría hácia su perdición por una pendiente rápida y segura, y muchas veces le amonestó para que volviera en sí y pensase en lo que hacía; pero el hermano menor contestaba siempre:

—¿Me entrometo yo en lo que tú haces? Déjame, que ya he soltado por fortuna los andadores.

—Tiene razon—se decia Pedro tristemente; —él es dueño de lo suyo, como yo de lo mio, y él no me pregunta por qué trabajo.

Juan María ignoraba lo que hacía su hijo más pequeño: el buen anciano apenas salía de su casa más que para ir á la de algun vecino, ó bien á dar algun paseo con su mujer, la excelente y cariñosa Joaquina: los dos querian á Marta con ternura, y fuerza es confesar que ella lo merecia por lo que los cuidaba.

Segun el expresado mandato de Pedro, los dos ancianos comian su pucherito con gallina, bebian vino de lo mejor y más añejo, y por la noche cenaban una polla asada: Pedro, su mujer y Mariano tenian, á lo labrador, una comida mucho más modesta, sin que admitiesen, sino muy rara vez, alguna fineza de los dos ancianos.

Mariano era muy adicto á estas finezas, y algunas veces eran tantas las que tomaba, que dejaba á su buena madre sin comer.

En aquella alma helada y egoista el *yo* era lo que ocupaba el primer lugar.

—¿No te da vergüenza?—le preguntaba su hermano, ni más ni ménos que cuando eran chicos.

—No—le respondia con sorna Mariano.

—Pues debia darte, y mucha, de comerte todo lo que te da madre.

—¿Por qué me lo da?

—Porque ve que lo deseas: con los gorriones pasa como con las mujeres.

—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?—preguntaba riendo Juan María.

—¿Qué, padre? Mire V., yo se lo diré: mi hermano es un gorrion y dice que come porque se lo dan; pero se lo dan, porque lo pide con los ojos, á los cuales les sale el deseo: las mujeres casquivanas y malas dicen que lo son porque los hombres las buscan; pero ¿por qué las buscan? Porque ellas se dejan buscar, y dicen tambien con los ojos: «Aquí estoy.» Los hombres no van nunca á donde saben que no les han de dar.

Mariano, al oir estas palabras, deslizaba una mirada furtiva sobre el lindo rostro de Marta, que, encendida como una rosa, bajaba sus ojos sobre el plato para ocultar su confusion.

La señora Joaquina descubrió dos ó tres veces esta mirada, y su corazon de madre se estremeció.

En cuanto á Pedro, no reparaba en ella.

Tenia tal convicción de lo que valia, y estaba tan seguro del temor que inspiraba á su hermano, que ya le parecia bastante lo que le habia dicho ántes de casarse con respecto á Marta, á la cual estaba seguro de que no se atreveria á mirar más que como á una hermana.

¡Dichosa y á la vez triste seguridad de las almas honradas!

Tú las adormeces en la tranquilidad durante mucho tiempo; pero, á la vez, ¡cuán amargo es el despertar, cuando ven que sólo ha sido una quimera, y que la verdad es el mal, la falsía y el engaño, que se llevan y destruyen todas sus ilusiones!

## IV.

## AL BORDE DEL ABISMO.

Una mañana se levantó Marta más temprano que de costumbre, y eso que madrugaba mucho, para disponer el almuerzo de su marido; pero aquel día, al bajar Pedro á la cocina, ya la encontró en ella meciendo al niño, que habia pasado muy mala noche.

—¿Por qué te has levantado, pobrecita?—le dijo su marido;—has dormido muy poco.

—No has pasado tú la noche mejor—respondió ella—y además queria hacerte el almuerzo; pero ya veo que no podré, porque el niño no se sosiega.

—No te apures por eso: madre lo hará, y yo enviaré á buscarlo á uno de los trabajadores desde el campo á la hora de almorzar.

Pedro miró al niño durante un rato con profunda tristeza, luego besó á su mujer en la frente y se marchó á su trabajo.

Un instante despues entró Mariano en la cocina y se sentó al lado de Marta.

—Tengo que hablarte—le dijo con voz poco segura.

—Ya puedes empezar—respondió ella mirando con tranquila y resignada tristeza la pálida carita de su hijo, que se habia dormido al fin.

—Pues bien, Marta: ¡yo te quiero ahora más que ántes de casarte!—exclamó de súbito Mariano con acento conmovido:—¡no hay un día en que no me maldiga mil veces por haber dejado que te casáras con Pedro, queriéndote yo tanto y pudiendo tú haber sido mi mujer!

Marta se estremeció: aquella voz, la primera que le habia dirigido en el mundo palabras de amor, tenia sobre ella un imperio irresistible; pero la grave y severa figura de Pedro se apareció ante sus ojos reprendiéndola, como de una culpa, hasta de aquel estremecimiento involuntario: procuró, pues, desechar de sí tan penosa impresion, y respondió con voz tranquila:

—Pudiste ser mi marido y no quisiste: ahora ya no tiene remedio.

Y acordándose de súbito de los amoríos que atribuian á Mariano con la jovencita Susana, hija del *Rico*, añadió, no sin amargura:

—Ya has hallado con quien consolarte.

—¡Qué! ¿Te parecerán también verdades las habladurías que andan por ahí?—preguntó el jóven.—Marta, lo que yo te digo es la verdad; á nadie he querido en el mundo más que á tí; á nadie querré nunca tampoco, y no me casaré jamas.

Marta temblaba; pero lo que oía la halagaba de tal modo, que quiso ver si era verdad: el fuego oculto se despojaba cada vez más de la ceniza y se descubria vivo y devorador.

Después de la mirada que enviaron sus ojos á Mariano, sus labios le enviaron una triste sonrisa de duda y de perdon.

—Ya es esto algo—se dijo el meloso holgazan;—la que calla otorga; la que se rie no se enoja; el zopenco de su marido tiene razon: los gorriones y las mujeres presumidas se parecen mucho.

—¿No me dirás si me quieres tú, Marta?—prosiguió Mariano;—¡en otro tiempo me esperabas cuando volvía del campo!

—Ahora no vas—respondió ella.

—Por no dejar de verte: mi hacienda se pierde por no alejarme de tí.

—¡Sí, sí! se pierde porque no quieres trabajar; holgazan fuiste siempre, y llegarás á pobre.

—Tal vez será, temiendo eso, por lo que no quisiste casarte conmigo.

—El que no quiso fuiste tú.

—¡No, tú! ¿Por qué no tuviste un poco de paciencia? ¿No éramos muy jóvenes?

—Mi madre me dió prisa—repuso Marta, cuyo co-

razon palpitaba violentamente, y cuyos ojos se habian animado con la inefable sonrisa del amor.

Y después de dar esta débil excusa, que ultrajaba las cenizas de su madre al mismo tiempo que manifestaba su debilidad, bajó los ojos y sus mejillas se cubrieron de un encarnado de púrpura.

—Marta—respondió Mariano, que era demasiado astuto para no comprender que iba ganando terreno á más y mejor—si hubieras esperado yo me hubiera casado contigo; te enfadaste porque no lo hacia entonces, y por darme en ojos te casaste con mi hermano: tanto peor para mí; yo soy el desgraciado, que tengo que verte todos los dias, á todas horas, que no te puedo olvidar.... pero eso á tí ¿qué te importa? ¡Ni me quieres, ni nunca me has querido!

—¡Ay, Dios mio! ¡Que nunca te he querido!—exclamó la pobre jóven, bastante incauta é inocente para caer en el lazo que le tendian aquellas pérfidas lamentaciones.—Pues ¡á quién he querido yo más que á tí! ¡Me has visto cortejar con algun otro, ni dar oidos á nadie!

—Quien bien quiere nunca olvida, Marta.

—¿Y quién te ha dicho que yo.....

La jóven se detuvo.

El instinto del pudor le avisaba de que corria á pasos de gigante al precipicio donde querian sepultar su honra.

—Déjame, Mariano—dijo tras una pausa;—es muy malo lo que haces; ya no puedes decirme que me quieres, ni yo debo oirlo: soy la mujer de tu hermano, que es muy bueno, y para el cual debo yo de ser honrada: déjame y no te acerques más á mí.

Mariano guardó silencio durante algunos instantes; la rabia puso pálido su gracioso y apacible rostro, y sus facciones, pequeñas y delicadas como las de una jóven, se descompusieron con una expresion feroz.

Pero aquel cambio sólo duró un momento; á costa de un gran esfuerzo sobre sí mismo pudo volver á recobrar su sangre fria, y clavando en Marta una mirada lastimosa, le dijo con voz suave y triste:

— Está bien; te obedeceré.

— Mariano — respondió Marta — no me quieras mal porque yo quiera ser buena; si me hubiera casado contigo, me hubiera tenido por muy feliz y hubiera sido tambien lo que ahora quiero ser; mujer honrada: tu hermano no merece ménos que tú.

— Merece más y voy á dárselo — respondió sombríamente Mariano.

— ¿Qué dices?

— Digo que me voy para que mi hermano tenga paz, y me iré á tal sitio, que mi parte de hacienda sea muy pronto suya.

— Pero ¡Dios mio! — exclamó Marta, pálida de terror y clavando en Mariano sus ojos llenos de lágrimas. — ¿Á dónde te vas á ir? ¿Qué quieres hacer?

— Me voy á ser contrabandista.

— ¡Ay, Dios santo! ¡Ahora que el contrabando está tan perseguido por las partidas! Eso es ir á una muerte cierta.

— ¡Ya lo sé!

— Pero ¿por qué quieres morir?

— Para dejarte en paz.

— ¿Y es necesario para eso que te des á esa vida tan mala, tan llena de peligros?

— Es preciso que yo me vaya de aquí, porque si sigo viviendo á tu lado, te diré todos los dias una misma cosa.

— ¿El qué? — preguntó Marta temblando.

— Que te quiero.

Marta no tuvo fuerzas para responder una sola palabra.

Ante aquel soplo de tempestad, toda la ceniza que cubria el fuego de su amor habia desaparecido como por encanto.

La inocente creyó de buena fe que el hipócrita queria morir y que ella era la causa, y entónces el amor, oculto en el fondo de su alma, se levantó con insólita fuerza gritando en favor del desgraciado, á quien habia amado desde que su razon empezó á despuntar.

Mariano, que adivinaba la lucha interior de la pobre jóven, se dirigió á la puerta sin pronunciar una sola palabra.

— ¿Á dónde vas? — exclamó ella tomando á su hijo entre sus brazos y levantándose con impetuosa angustia, en tanto que el niño, asustado, soltaba un llanto amargo y lastimero, despertado bruscamente de su sueño.

Mariano no respondió y siguió andando hácia la puerta.

— ¡Díme á dónde vas! — gritó Marta lanzándose hácia él y tomándole por el brazo.

— Me voy á donde te he dicho.

— Pero ¿ahora?

—Cuanto ántes mejor.

—¿Y tus padres? ¿No piensas en ellos?

—Sólo pienso en tí. ¡Adios!

—Pues bien, Mariano, hermano mio: por mí, por mi sosiego, no vayas á emprender esa vida de fatigas y de azares; no vayas á buscar una muerte segura al fin de muchos trabajos y sobresaltos.....

—¿Y qué haré aquí? ¡Verte todos los días y sufrir todos los tormentos del infierno al considerar que eres de mi hermano! Marta, ya he probado á olvidarte, á estar siempre ocupado, distraído..... ¡y no puedo!

—Busca una jóven honrada y cástate.

—¡No puedo! Es preciso que me vaya, y más vale que sea ahora que no está aquí ninguno de mi familia. ¡Adios, Marta!

—¡Oyē, por Dios!

—¡Nada quiero oír!

Mariano traspasó el umbral de la cocina; pero Marta se arrojó hácia él y le retuvo con una fuerza que no hubiera podido esperarse en ella.

En aquel momento se oyó sobre sus cabezas el paso seco y precipitado de Joaquina.

—Ya baja tu madre—dijo Marta:—¡gracias á Dios!

—¡Lo mismo me iré estando ella aquí!—repuso Mariano.—¡Conque déjame que me vaya ahora!

—¡Calla, que ya está aquí!

—Marta—dijo Mariano—óyeme: ¡ó me ofreces estar esta tarde en casa de tu madre, ó me voy ahora mismo, aunque estén aquí mis padres!

—¡Estaré!—respondió Marta.

—Á las cuatro.

—¡Sí!—respondió Marta con voz débil.

Mariano se desasíó suavemente de la débil presión que le imponían las manos de Marta, y le dijo echándole una tierna mirada:

—Ahora ya puedes estar tranquila, que no me iré.

Salió, dicho esto, de la cocina, al mismo tiempo que entraba su madre en ella.

## V.

### LOS AMORES DEL IDIOTA.

Á la caída de aquella tarde Mariano salía de una casuca pobre y muy pequeña, especie de cabaña ó de cueva que la caridad de Pedro había habilitado para abrigo nocturno de la madre de su mujer.

Aquella covacha, gracias á los cuidados de Marta y á los de Joaquina, que, madre también, había querido ayudar al bienestar de otra madre anciana y pobre; aquella covacha, digo, había llegado á ser muy habitable.

Al abrir la puerta, cerrada con llave, se entraba en la única pieza que había, sin que estuviera precedida de portal alguno: servía de cocina, y una separación de gruesas cortinas de estopa formaba la alcoba en el ángulo más lejano del sitio destinado al pequeño fogón de yeso, don-